

de estrecho ojeo en el supremo apuro,
y á la casa real sus pasos guía.
Allí cuenta al Marqués su trance duro,
y los planes municipales confía,
y todo, en fin, lo dice y lo relata
al ilustre D. Diego de Zapata.

Abrázale el Marqués, y la milicia
de la ciudad en el momento junta;
y cuando el alba con su luz inicia
el nuevo día que Saturno apunta,
resplandece en la tierra la justicia.
¿Qué sucede? ¿do quiera se pregunta,
y hay quien diga (no faltan habladores),
que en la cárcel están los rigidores.

Aquí doy punto á la presente historia,
y si ella te agradó, lectora amiga,
sólo te pido para mí la gloria,
(que ella será la sola que consiga),
De que la guardes fiel en tu memoria.
¿La moraleja? ¿Quieres que la diga?
"No la violencia ni el rigor se ejerza,
que vale más la maña que la fuerza."

LOS HEROES DE TIHOSUCO.



LOS HEROES DE TIHOSUCO.

EPISODIO DE LA GUERRA SOCIAL.

I

Era uno de los primeros días del mes de agosto de 1851, día que se presentaba sombrío y tempestuoso. Oscuras y densas nubes se levantaban en el Oriente, precipitándose en los ámbitos del cielo, como apiñados escuadrones de enlutados gigantes impelidos por el soplo de la tempestad. Las primeras gotas de la lluvia caían sobre las hojas de los árboles, produciendo mil sonidos misteriosos, ó sobre la superficie de la tierra que las sorbía con deleitosa avidez.

Reinaba en el Cantón de Tihosuco el más absoluto silencio.

En una sala de regular extensión, perteneciente al convento, donde se hallaba instalada la Comandancia general, se veía, en los momentos en que comienza nuestro relato, á dos hombres departiendo amigablemente, aunque uno de ellos daba al otro claras muestras de respeto y sumisión.

Era uno de ellos de estatura regular, grueso, de continente noble y majestuoso y cuyos blancos cabellos indicaban que muchos años habían pasado sobre su frente que se inclinaba ya hacia la tierra, aunque conservando aún ese aspecto de distinción que dan la costumbre del mando y el sentimiento del propio valer. Tenía el rostro completamente afeitado, y á través de los verdes cristales de sus gafas, se veía brillar la intensa luz de su mirada penetrante y enérgica, ante la cual los hombres más audaces se sentían sobrecogidos, á su pesar; mas la benévola sonrisa de aquel anciano respetable, sus modales sencillos y su continente todo, en que se admiraba la distinción, unida en feliz consorcio con la modestia más natural, atraía las voluntades más rebeldes, vencía los ánimos más quisquillosos y levantiscos, é infundía la confianza, pero confianza respetuosa y deferente, en los corazones menos abiertos á los suaves sentimientos de la amistad.

Su interlocutor era mucho más joven que él: alto, bien formado, trigueño, de ojos y cabellos negros, era el tipo del soldado valiente, pero travieso y amigo de aventuras, activo y sereno en el momento del peligro, pero dominado por la desidia y la pereza durante la vida monótona é inactiva del cuartel. De pie frente al anciano, que ocupaba una mala silla y descansaba el brazo derecho en los bordes de una mesa que junto á sí tenía, el joven soldado se expresaba en estos términos, en los momentos en que nosotros hemos podido sorprender el diálogo animado que sostenían:

—La nueva organización de las tropas me parece, al par que buena y apropiada á las circunstancias actuales de la guerra, justa y necesaria; pero tiene, á mi juicio, el grave inconveniente de contentar á unos que son los que se van, y descontentar á otros que son los que se quedan en el campo de batalla, los que tienen que continuar en el servicio activo de las armas.

—Es verdad; pero fácil es hacer comprender á los que se quedan, que algunos habían de ser los primeros en disfrutar por algún tiempo de las ventajas del descanso temporal que se les concede y que todos gozarán, á su tiempo, de esa ventaja.

—Nada más lógico; pero haced, mi Coronel, que esta pobre gente que viste harapos, come tortas de maíz y se bate día

y noche con un enemigo veinte veces más numeroso, se acuerde de tener lógica: sólo ve que sus compañeros de armas, que sus hermanos se van, y sienten la desazón y la inquietud de una ausencia que, á su juicio, los expondrá á mayores peligros y fatigas.

—Teniente Coronel Cepeda, vos lo habéis dicho: la organización de las tropas en móviles y sedentarias no sólo es conveniente, en vista del estado actual de esta guerra salvaje, que á Dios gracias, va tocando á su término, sino justa y necesaria, pues hay infinidad de esposos que hace muchos años están ausentes de sus esposas, hijos que suspiran por dar un abrazo á sus pobres madres.

—Es verdad; pero el caso es que la desanimación sienta sus reales entre nosotros; que el descontento cunde entre la clase de tropa, y aun, necesario es decirlo, comienzan á sentirse esos vagos síntomas que preceden siempre á las insurrecciones y á las asonadas de cuartel. He observado durante la noche ciertas idas y venidas de unos reductos á otros, ciertas conferencias entre los cabos y los sargentos, y aun algunas palabras y frases de doble sentido, que me indican que algo se trama, ó cuando menos, que es grande el descontento que ha causado la salida de la plaza de la mayor parte de la fuerza que la guarnecía.

—Entonces vigilad, vigilad sin descanso, y

á la primera señal de insurrección que se presente, si esto se verifica durante mi ausencia, pues sigo mi camino hacia Valladolid, obrad con energía, sin consideraciones á nada ni á nadie. Así he procurado obrar siempre y sabe Dios que, aunque me duele tener que usar de severidad en ciertas ocasiones, no me ha faltado, sin embargo, la energía necesaria para reprimir los delitos.

—Sé muy bien, señor, que el Coronel Rosado, al par que bueno y condescendiente, sabe ser enérgico cuando es necesario. —Sus órdenes serán cumplidas: se cumplirá sin tregua ni descanso.

Así terminó este corto diálogo, saliendo en seguida el Teniente Coronel Cepeda á ocuparse en asuntos del servicio.

II

Pocos momentos después de esta escena, el ruido substituyó al silencio que hasta entonces había reinado, las guardias se relevaban unas á otras, se cambiaba á los centinelas, y la actividad y la animación del día sucedieron, en fin, á la tranquilidad de la noche.

Las nubes no se resolvían á descargar sobre la tierra los torrentes de agua de que estaban henchidas; pero el cielo permanecía obscuro y sombrío y los rayos del

sol apenas podían, de vez en cuando, abrirse paso trabajosamente á través de las brumas que lo cubrían, iluminando con escasa y fugitiva luz los estrechos huecos que entre nube y nube dejaban vislumbrar apenas algunos pequeños girones del manto azul del firmamento.

Hacia las nueve de la mañana, poco más ó menos, varios jefes y oficiales estaban reunidos en el mismo salón de que antes hemos hablado, en los corredores que del Convento conducen á la iglesia parroquial ó en una estrecha calleja, que á modo de garganta, une la plaza principal del pueblo, que está al Poniente de la Iglesia, con otra plaza que se halla situada detrás del mismo Convento. Allí estaban los Tenientes Coroneles Cepeda Peraza, Lázaro Ruz, Cándido González y Nicolás Barroso, campeones denodados; los Capitanes D. Felipe Navarrete, pacificador de los pueblos de las inmediaciones de Valladolid; D. Dionisio Valencia y D. Manuel Iturrarán, modelos de patriotismo y abnegación; los Tenientes D. Gregorio Medina, D. Froilán Ruiz, D. Leonardo Falcón y D. Miguel Espinosa, y el Subteniente D. Agustín Muñoz, fieles colaboradores en la gloriosa empresa de reconquistar el país del poder de los salvajes. Los escribientes de la Comandancia D. José E. Marín, D. Félix Arceo y D. Toribio Aguayo, se hallaban en sus puestos respectivos ocupados en sus labo-

res, mientras el Coronel D. José Eulogio Rosado, el invicto campeón de la guerra social, que antes hemos descrito ligeramente, media con pasos lentos en toda su extensión, la sala en que estaba instalada la oficina. Súbitamente vino á interrumpirle en las profundas reflexiones que lo embargaban, la voz de un oficial, que con acento respetuoso y dando muestras de temer ser importuno, dijo:

—Mi Coronel, la tropa repugna el rancho y un soldado se ha resistido á recibir el suyo, profiriendo al mismo tiempo palabras inconvenientes.

—¿Cómo! ¿y qué tiene el rancho para que así lo repugnen?

—Mi Coronel, creo que el rancho no es más que un pretexto, pues por lo que he podido comprender, la verdadera razón del descontento que empieza á notarse entre las tropas, es la de haber sido retirada á sus hogares una parte de la guarnición.

—Entonces, Capitan, si es así, mandad poner en la manta á ese soldado discolo y que le den algunos palos para que el rancho le parezca menos repugnante.

—Está bien, mi Coronel, replicó el Capitan, que era Comandante de un cuartel, y saludando militarmente, fué á cumplir la orden que había recibido.

Pocos momentos después, se oía el ruido de las cajas y cornetas con que se in-

tentaba ahogar, sin conseguirlo por completo, los lamentos que lanzaba el infeliz soldado, que había tenido la inoportuna ocurrencia de querer gozar de las dulzuras de un rancho menos mal condimentado y de olvidar las mejor guisadas prevenciones de la Ordenanza militar.

III

Todavía el ruido de los tambores y cornetas y los lamentos del soldado llenaban el aire, cuando se oyeron las detonaciones de varias armas de fuego, al mismo tiempo que voces confusas y gritos sediciosos en varios puntos de la línea. Algunos jefes y oficiales se dirigieron precipitadamente á la Comandancia, y llegaron ya deantes al mismo tiempo que el Coronel Rosado salía del convento y penetraba en la calleja de que antes hemos hablado, con el objeto de informarse de lo que ocurría. Uno á uno fueron llegando Cepeda, Ruz, González, Barroso, Navarrete, Valencia Iturrarán, Medina, Ruiz, Falcón, Espinosa y Muñoz, uniéndose al grupo los escribientes de la Comandancia Marín, Arceo y Aguayo, el sargento D. Nabor Valencia y el asistente D. José María González (1).

(1) Además de estas diez y siete personas que permanecieron fieles al Coronel Rosado,

Informado el Coronel Rosado de que los cuatrocientos hombres que componían la guarnición se habían sublevado al grito sedicioso de ¡mueran los jefes y oficiales! mandó ocupar inmediatamente el cuarte de artillería que estaba situado á pocos pasos de distancia del lugar en que se hallaban, y en el cual estaba cargada una pequeña pieza de artillería, pero sin su correspondiente dotación de artilleros, que estaban complicados en la revuelta.

Antes de esto había mandado ya el mismo Coronel Rosado que varios jefes fueran á intentar que las tropas volvieran al orden; pero aquellos habían vuelto precipitadamente declarando que no fueron obedecidos.—El último que llegó fué Cepeda, quien le dijo:—Señor, todo es inútil, esa gente no escucha razones ni demuestra temor á las amenazas: he pretendido hacerlos maniobrar y no han obedecido.

—Entonces no nos queda más recurso que morir matando: ocupad el cuarte de artillería y disparad en el momento en que se presenten esas turbas.

Así se hizo y ya era tiempo, pues en ese instante se dejaron ver en todas direcciones

había algunos otros sargentos y oficiales que no tomaron parte en la sublevación, pero que no tuvieron tiempo de unirse al grupo, quedando envueltos y confundidos entre los sublevados.

nes las guerrillas de los sublevados que avanzaban resueltamente haciendo fuego sobre aquel pequeño grupo de jefes y oficiales, compuesto solamente de las diez y ocho personas que antes hemos nombrado. Serenos ante aquel peligro inminente y que parecía imposible que pudiera ser vencido; resueltos á morir antes que dejarse intimidar por aquella turba de insubordinados, los jefes y oficiales contestaron el fuego de fusilería con un disparo del pequeño cañon y con los tiros del único fusil que portaba el sargento D. Nabor Valencia, quedando el grupo esperando la hora de habérselas cuerpo á cuerpo con los sublevados.

Los momentos eran solemnes.

El estampido del cañon contuvo por un instante á los agresores, mientras el humo de los disparos envolvía como en una nube á aquel grupo de valientes; pero la impresión producida por el rugido del cañon pasó bien pronto y el humo se desvaneció impelido por el aire húmedo y fresco que soplabá en aquel día de tormenta.

Los recursos se habian agotado por una y otra parte.

Los agresores, armando entonces bayonetas, se precipitaron como un torrente sobre el grupo de aquellos diez y ocho heroes.

El cielo dobló sus crespones, haciéndose más densa la obscuridad de la atmósfera.

Los relámpagos surcaron, como serpientes de fuego, la inmensa extensión del firmamento; se dejó escuchar el ronco estampido del trueno y las nubes dejaron caer parte del agua que contenian.

IV

Poco mérito hicieron, sin embargo, los amotinados de las iras del cielo, pues continuaron avanzando hasta el instante en que el sargento Desiderio Huerta, que iba á la cabeza de la primera columna, dirigió la punta de su bayoneta contra el pecho del Coronel Rosado. . . . Entonces éste, en vez de retroceder, avanzó con serenidad y, poniéndose la mano derecha sobre el corazón, exclamó: — ¡Hieres aquí, si te atreves, insubordinado! Hieres. . . aquí está mi pecho. . . aquí está mi corazón. . . ¿qué esperas? ¿Por qué vacilas? Hieres. . .

Y luego, dirigiéndose á todos los amotinados continuó:

— Hieran, sí, aquí está vuestro Jefe; pero bien pronto se levantará el Estado entero clamando venganza por mi sangre derramada y recibiréis entonces el terrible castigo que merece vuestro crimen. . . . ¿Qué es lo que queréis? ¿qué es lo que pedís? ¿la muerte de vuestros Jefes? Pues

bien, aquí no hay más Jefe que yo. . . . Me pongo en vuestras manos. . . . Herid, matad, aquí está mi pecho, aquí está mi corazón.

Al escuchar aquella voz imponente que tantas veces los había conducido la conquistar los lauros de la victoria; al contemplar aquella figura majestuosa que se elevaba como la estatua del valor sobre su pedestal de granito, desafiando las iras del cielo y la cólera de los hombres, aquellas turbas se sintieron dominadas por una fuerza misteriosa. El sargento que había amenazado el pecho del Coronel Rosado, en vez de consumir su obra, se llevó el fusil al hombro, y los demás, como impedidos por una mano invisible, imitaron al sargento y fueron formando guerrilla tras guerrilla frente al grupo de los jefes y oficiales, hasta completar los cuatrocientos hombres que componían la guarnición.

Queriendo aprovechar el Coronel Rosado esta ventaja, dió la voz de descansar las armas; mandato que obedecieron los sublevados como movidos por un resorte. Su voz se dejó escuchar de nuevo mandando "armas al hombro," y obedecieron de igual manera; pero al mandar "flanco derecho," no se movió uno solo.

Entonces el Coronel Rosado mandó que sus diez y siete compañeros se distribuyeran á lo largo de la columna, para que si

á la segunda orden volvian á desobedecer, obraran todos con la energía que era necesaria contra los que resultaran cabecillas de la rebelión. Así se hizo, y dada de nuevo la voz de mando, que volvieron á desobedecer, los diez y siete oficiales arrojáronse contra los que juzgaban cabecillas, y en el acto los desarmaron. Tanta resolución y energía intimidó al resto de las tropas que obedeció ya la voz del Comandante en jefe, dirigiéndose por fracciones á ocupar sus puestos y cuarteles.

El sargento D. Nabor Valencia fué el único de los diez y ocho que resultó herido.

Temeroso el Coronel Rosado de que semejante hecho se repitiera, decidió pedir auxilio á los cuarteles de Peto y Valladolid y á los cantones más cercanos: misión que fué confiada al capitán D. Felipe Navarrete y al Teniente D. Miguel Espinosa.

En efecto, como á las cinco de la tarde del día siguiente, ya el Coronel Rosado contaba con los auxilios necesarios para castigar á los delincuentes y para reorganizar la guarnición: el sargento Desiderio Huerta y seis individuos más, sufrieron la última pena, castigo severo impuesto por el Coronel Rosado, á pesar de repugnario su noble corazón, porque era el único medio que podía emplearse para restablecer la disciplina y devolver á la autoridad el

prestigio que se había amenguado considerablemente con los hechos escandalosos que acababan de tener lugar.

Así terminó aquella rebelión, que pudo causar al Estado grandes amarguras, ante la firme y resuelta actitud de diez y ocho hombres, diez y ocho héroes que se cubrieron de gloria inmarcesible en aquel día memorable!



LA REALIDAD DE UN SUEÑO.

TRADICIÓN POPULAR

A Juan F. Molina Solís.

Muchos años después de la fundación de Campeche, no existía aún la población que lleva el nombre de Hecelchakán, y en el lugar que ocupa, sólo se veía la falda de una sabana extensa, limitada desde el N. E. hasta el Sur por las ondulaciones de la sierra, y hacia los otros lados, por espeso bosque compuesto de árboles de talla gigantesca. El conjunto que formaban la cordillera, el bosque y la sabana, era de lo más agradable y pintoresco: la superficie inmensa de la última, hallábase cubierta por la alfombra natural de verde za-